

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / N° 11 / 1993

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1993

RECUERDO DE JORGE MILLAS



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
1993

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL.
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL N° 11
1993

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades y Escuelas de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Valparaíso, Universidad de Concepción, Universidad Diego Portales, Universidad Adolfo Ibáñez, Universidad Andrés Bello, Universidad Finis Terrae, Universidad de Las Condes, Universidad Católica del Norte y Universidad de Talca.

ISSN — 0716 — 7881

Diseño gráfico: Allan Browne Escobar.

Impreso en EDEVAL,
Errázuriz 2120 - Valparaíso.

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
1993

RECUERDO
DE JORGE MILLAS

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1991 - 1993)

Antonio Bascañán Valdés, Jorge Correa Sutil, Andrés Cuneo Macchiavello, Jesús Escandón Alomar, Fernando Quintana Bravo, Nelson Reyes Soto, Agustín Squella Narducci, Juan Enrique Serra H. y Hugo Tagle Martínez.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspondencia puede ser dirigida a la Casilla 211-V, Valparaíso.

En la asamblea general de socios correspondiente a 1993, se eligió al siguiente nuevo Directorio por el período 1993 - 1995: Antonio Bascañán, Jorge Correa, Jesús Escandón, Pedro Gandolfo, Fernando Quintana, Nelson Reyes, Juan Enrique Serra, Agustín Squella y Aldo Valle.

PRESENTACION

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social presenta su Anuario de Filosofía Jurídica y Social N° 11, correspondiente a 1993.

Hemos titulado este nuevo número del Anuario "Recuerdo de Jorge Millas", puesto que en 1992 se cumplieron diez años de la muerte del destacado filósofo chileno, socio fundador en 1981 de nuestra Sociedad e integrante de su primer directorio. Con ese motivo, en el mes de abril de 1992, la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social, en conjunto con la Universidad de Chile, organizaron un acto en memoria de Jorge Millas, que tuvo lugar en el Salón de Honor de esa casa de estudios superiores. Intervinieron en ese acto el Rector de la mencionada universidad, Jaime Lavados, el presidente de nuestra Sociedad, y el filósofo y profesor Humberto Giannini.

La primera sección del presente Anuario reproduce precisamente el texto de las tres intervenciones antes aludidas.

Sigue luego una sección de Estudios, en la que el lector podrá encontrar diversos trabajos de interés.

La sección denominada Documentos reproduce un trabajo del sacerdote y profesor de Filosofía del Derecho, Rafael Gandolfo, quien impartió la asignatura en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso. Rafael Gandolfo estuvo también vinculado hasta su desaparecimiento al Instituto de Filosofía de esa misma universidad. A continuación se reproduce un comentario del profesor Ismael Bustos a tres obras de Ronald Dworkin. Se incluye también la versión escrita de las palabras pronunciadas por el presi-

dente de nuestra Sociedad, Agustín Squella, con motivo de conferirse a Ronald Dworkin, en diciembre de 1993, la calidad de Socio Honorario de la corporación. En esta misma sección se agrega un trabajo del profesor Manuel de Rivacoba y Rivacoba, sobre Violencia y Justicia.

Se incluye una Sección titulada In Memoriam, con un trabajo del profesor José F. Palomino M.

El volumen concluye con la sección Recensiones, en la que se contiene una importante cantidad de reseñas de libros de evidente interés.

Este y los restantes números del Anuario de Filosofía Jurídica y Social pueden ser solicitados a la Casilla 211-V, Valparaíso, Chile.

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
Abril de 1994

EN RECUERDO DE JORGE MILLAS

A JORGE MILLAS

1982 - 1992

Es para mí muy honroso y emotivo el hecho de participar hoy en este acto de homenaje que la Universidad de Chile, la Universidad de Valparaíso y la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social, rinden a la memoria de Jorge Millas, a diez años de su muerte. Homenaje que para la Universidad de Chile simboliza también un acto de reparación.

Algunos de nosotros, contemporáneos al filósofo y a las vicisitudes que le tocó vivir, tenemos, en cierto sentido, el privilegio, además de haberlo conocido, el de haber ganado una experiencia, más bien, una revelación, de lo que es y de lo que hace la filosofía alimentada y transmitida por el alma de un filósofo.

A esta experiencia quisiéramos referirnos brevemente.

La historia del planeta, la historia de este país, corren con una velocidad que tal vez no conoció la conciencia humana en otros tiempos. Y a tal punto que incluso resulta difícil detenerse a escudriñar su sentido y dirección. ¡A diez años de la muerte de Millas han pasado tantas cosas!

En aquella mañana —10 de noviembre de 1982— en que despedíamos al hombre que representara la inteligencia y la dignidad de este pueblo, muchos sentimos también la vertiginosa transmutación de los tiempos históricos; pero, en aquella ocasión, como una caída a fondo y sin asideros.

Yo no pude dejar de evocar en ese momento el viejo Instituto Pedagógico, en los tiempos en que Millas fuera Director del Departamento de Filosofía, en un lejano año 1967. Bullía la discordia,

casi siempre, destemplada; los enfrentamientos de grupo, el griterío, los improperios escritos en caracteres negro o rojo en las murallas; bullía la pasión política, cercana, por momentos, a lo patológico. Un hombre enjuto, algo encorvado, atravesaba etéreo y abstraído los jardines en absoluto edénicos de la Facultad; los atravesaba casi siempre solo, e irremediamente con un libro aferrado en la mano derecha, contra su corazón: "Permítame decirlo sin humildad y sin soberbia —confiesa Millas a un periodista— que yo soy filósofo, irremediamente; aunque me gustaría a veces remediarlo".

Irremediamente filósofo. ¿Qué significaba para Millas ser filósofo? Algo positivo, por cierto: la capacidad de detenerse ante las cosas y asombrarse de su ser. Y algo tal vez negativo: "el perder la tranquilidad", en virtud o por la virtud de haber perdido todas las certezas que hacen apacible la vida común.

Rasgos éstos diametralmente opuestos a los de un leader: "El leader debe tener seguridad del camino que hay que seguir, y hacerse responsable de las consecuencias del camino por el que lleva a los otros. Esa seguridad a mí me falta".

¿Cómo —cabría preguntarse, entonces— ese hombre solitario, dubitativo por naturaleza y doctrina, pudo convertirse en cabecilla espiritual de un movimiento de rebeldía? ¿Qué certezas había descubierto que lo devolvían al bullicio y al enfrentamiento públicos?

Pretendo evocar hoy esta conversión del filósofo, porque creo que esto nos permitirá pensar en el antagonismo —trágico a mi entender— que existe entre una vida con vocación contemplativa, y la exigencia a tomar partido, a entrar en acción, en el espacio público.

Existe una opinión, que ha pasado a ser lugar común, y que fue Platón el que la echara a rodar, primero irónicamente, a raíz de un percance que le ocurriera a Tales de Mileto, y luego, con más reverencia, a raíz de los hábitos de su maestro Sócrates.

Lo que narra de Tales en uno de sus diálogos (text. 1.4 e) es que por ir mirando al cielo estrellado no vio lo que estaba delante de su nariz, y cayó en un pozo, con gran hilaridad de la servidumbre que lo observaba. A Sócrates nos lo describe apartándose frecuentemente del grupo; y sin percatarse del frío o de la lluvia, permanecer por largas horas, sumido en sus pensamientos, como si to-

mara distancia para reencontrarse de un modo productivo con los otros.

Quisiera hacer hoy algunas consideraciones acerca de esa opinión común, que también alcanzó a Millas 2.500 años más tarde, y en un mundo tan diferente del griego: la fama, o mala fama, que se ha ganado la distracción filosófica.

De Millas se narraban mil anécdotas acerca de sus distracciones y olvidos. Los realistas de siempre movían la cabeza en esa actitud de generosa concesión que se suele hacer a quienes viven al margen de lo que verdaderamente importa, al margen de los negocios, de la política menuda que se atrinchera día a día para ganar o defender posiciones.

Detengámonos, pues, un poco en el fenómeno de la distracción. Tal vez, el examen de este gasto nos lleve a una más cabal comprensión de lo que le pasa a la filosofía, en general, y a un filósofo como Jorge Millas, respecto del tiempo histórico que le toca vivir y pensar al mismo tiempo.

Quisiera hablar, pues, muy seria y solemnemente, acerca de ella. De la filosófica, por cierto, y no de las que bien pudieran incluirse entre los actos fallidos que estudió Freud, ni de la simple distracción-huida, propia del aburrimiento cotidiano.

Propongo enseguida la diferencia esencial:

La distracción propia del hastío —la de un niño en clases, por ejemplo—, se caracteriza por un ver que no mira y, sobre todo, por un oír que no escucha. La imaginación ha saltado por la ventana escapando de esa lectura o de esa exposición tediosas que ocurre entre las paredes de la sala.

Otro es el caso del filósofo que repentinamente se nos pierde. La suya es una distracción por exceso de celo, por exceso de atención. Hay que buscarlo dentro, no fuera. Como si el escolar, leyendo, se sumergiera en las profundidades de alguna palabra mágica o misteriosa del texto, mientras sus compañeros ya han dado vuelta la página.

Me permito subrayar la gravedad histórica de este hecho: el filósofo suele perder el ritmo de un tiempo socialmente común; y suele perderlo, por vocación a esa pausa reflexiva, de que hablara Millas.

Esta morosidad *irremediable* de la filosofía, este inconfundible destino de quedar rezagado, va así, mucho más allá de una mera constatación anecdótica, y deja entrever, diría, un rasgo esencial de la reflexión: cimentar el pasado —próximo o lejano—, rescatarlo de su mero pasar. Como la historia, como el Arte, como cualquiera de esas disciplinas que reciben el nombre de *humanidades*, la filosofía es restauración del tiempo perdido anhelo de una identificación que trasciende la mera actualidad o el mero tránsito de la acción.

Ahora bien, este modo extraño de temporalizarse ha constituido en todas las épocas, causa del desgarramiento personal del filósofo. (No en vano se hace partir la filosofía con la caída de Tales en un pozo profundo). La filosofía es desgarramiento por el hecho de no poder vivir el tiempo de todos: hacer fiesta cuando todos hacen fiesta; proyectar, ilusionarse, agregarse a la euforia o a la protesta cuando todos lo hacen. Desgarramiento de estar más acá de lo que los otros miran y vislumbrar, en esa suerte de retirada, lo que los otros no ven.

Pero, se ha dicho que el pensamiento reflexivo no sólo no entra en acción, sino que la paraliza, que distrae de ella.

Y detrás de las amables anécdotas de Platón, ésta es la acusación más seria que le hace Calicles a Sócrates o, más tarde, la que le hacen sus amigos: la de ponerse a meditar sobre el sentido de la salvación cuando ellos vienen justamente a abrirle las puertas de la cárcel para salvarlo de la muerte. Dejando de lado lo anecdótico, de esta especie era la exasperante y maravillosa distracción de Millas. ¿El pensamiento reflexivo, distrae de la acción? Una pregunta que en varias oportunidades se le hizo.

"Ojalá pudiera el pensamiento paralizar la acción —respondió alguna vez—. Ojalá, cuando la acción es inconsciente o fanática. Por desgracia no es así, y la inteligencia es, las más de las veces, o un gesto impotente de contención o un estéril eco de comprensión frente a la acción insumisa. Buena parte del drama de los hombres de este momento es la insolidaridad del pensamiento y la acción".

Corrían los tiempos en que la orden del día era avanzar sin concesiones ni discursos, actuar; comprometerse al vuelo con todo lo que resultaba novedoso y trasgredía de alguna manera la vieja ordenación de las cosas, políticas o no. Este afán insaciable de compromiso con lo nuevo delataba más bien, un peligroso signo de des-

compromiso total, de inconsistencia, como lo denunciara Millas tantas veces.

Entonces, como los anacoretas del cristianismo primitivo, ante las falsas urgencias, ante la presión diaria por sacar de los otros declaraciones, pronunciamientos, apoyos o condenas, solía retirarse a su desierto personal, íntimo, no para huir sino para ver mejor y volver con una palabra responsable a este mundo repentinamente dionisiaco y pletórico de bellas y locas ilusiones. Pero, entonces, el movimiento ya se había iniciado, la protesta ya había partido: la acción incontenible, pagada de sí misma, ya estaba en marcha. Y no parecía necesitar de discursos.

Detengámonos todavía en ese momento eufórico de la historia, porque subrayándolo haremos justicia también a un aspecto esencial del pensamiento de Millas y entenderemos mejor el curso dramático que tomó su existencia.

Por aquellos años, ya era reconocido como un joven talento. Tenía a su haber una obra filosófica considerable; que empezó a los 16 años, con un título muy significativo: *Soledad humana y expresión estética*; a ese trabajo siguió una obra muy personal, y siempre en la misma atmósfera: *Idea de la Individualidad* (1941). Siguiéron a éstas: *Goethe y el Espíritu de Fausto* (1949), *Filosofía del Derecho* (1956), *Ensayos sobre la Historia Espiritual de Occidente* (1960), *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962) y muchos artículos, comunicaciones y discursos. Además, Millas ya había conquistado, dentro y fuera de Chile, prestigio de maestro agudo y riguroso en sus juicios, y brillante por la sencilla belleza de su expresión.

Por esos años empieza, pues, a correr veloz la chispa de lo que hacia fines de la década terminaría en la explosión universitaria. Época, como recordáramos, embriagada por una voluntad de liberación total, por una voluntad de cambiar de pies a cabeza el mundo. Fue entonces que surgió aquel lema contradictorio, terrorista, en el fondo: "*está prohibido prohibir*"; fue por esos años que la juventud latinoamericana concibió el proyecto de una sociedad que, se pensaba, dejaría atrás incluso los viejos esquemas del socialismo soviético. Revolución a la americana, se decía. En ese clima la teoría llegó a ser casi inoportuna, incluso para muchos de aquellos que de-

cían cultivarla. Inoportunas, para algunos, hasta las lecciones que Millas impartía en el antiguo Pedagógico, sobre la Crítica de la razón práctica. En un sentido fuertemente peyorativo: Kir Kegaard, Kant, Heidegger, empezaron a ser catalogados como distracción burguesa. En otras palabras: como un modo evasivo de enfrentar el compromiso con el presente que anunciaba con trompetas la plenitud de los tiempos. Y las anecdóticas distracciones y reservas del profesor Millas pasaron a ser símbolo de una capacidad muy consciente de evitar la acción. De paralizarla con preguntas inoportunas, según sus jóvenes jueces, sobre el derecho a la disensión, sobre el derecho a la duda, sobre el derecho a la ironía socrática: "La desdicha de los filósofos —diría por aquellos años— es reconocida ya por Platón cuando escribió que pensar es perder la tranquilidad. Y claro, la tranquilidad se pierde porque el pensamiento, llevado al límite, nos priva de las certezas, nos hace desconfiar de las convenciones, nos arranca del seno materno del sentido común".

A menudo entramos en su oficina de Director del Departamento de Filosofía, con la esperanza de arrancarle una firma de apoyo a algún texto incendiario o de repudio a algún personaje. Y salíamos de allí no sólo con la cabeza llena de incógnitas y vacilaciones, sino más aún: con la rabia inconfesada de haber sido convencidos; y, en el fondo del alma, paralizados.

A Millas le tocó presenciar con tristeza la obstinada voluntad de reducir la ética a política y ésta, a estrategias para alcanzar el poder, o simplemente conservarlo. En esa atmósfera de absoluto menosprecio por la reflexión —justamente en ese lugar— abandonó amargado el Departamento de Filosofía (1967).

"Si la descomposición del espíritu universitario llegare a ser prevaleciente, como lo es ya en importantes aspectos de la conducta estudiantil, se habría rendido la última y mejor fortaleza del humanismo; y los poderes negativos de la prensa, del mercantilismo y del mesianismo político, tendrían a su merced el porvenir de la cultura". Millas se refugió en ese mismo año de 1967 en la Escuela de Derecho. Sería por corto tiempo.

El golpe militar puso fin a las disputas entre ética y política, entre teoría y praxis; puso fin —pero, por poco tiempo, para ser justos— al bullicio de los jóvenes y a sus protestas; metió al saco

la Universidad de Chile, acalló la prensa y la jovial e irresponsable guerrilla político-intelectual. Era la guerra mesiánica de los buenos contra los malos.

El filósofo Millas, que venía de su acostumbrado desierto, nuevamente habló a destiempo. Ahora, cuando nadie osaba hablar. Un famoso artículo suyo: "La Universidad Vigilada", que atravesó la censura de prensa (El Mercurio, 1975), lo puso bajo la mirada torva de la dictadura. Para poder expresar su pensamiento dejó públicamente la Universidad de Chile y aceptó el cargo de Decano que le ofrecía la Universidad Austral. Desde ese momento no dejó de hablar y de escribir, sobre problemas que recién la ciudadanía empezaba a sentir como reales: sobre la condición humana, sobre la dignidad del hombre y sobre los fundamentos de sus derechos ciudadanos. El imperativo de que el poder político debe ser la expresión de una voluntad compartida de bien, ese imperativo kantiano, que Millas había asumido desde siempre con toda su alma, recién empezó a entenderse en esa condición de imperativo ético *intransable*.

El filósofo estaba apurando —no retardando— un proceso de maduración, ayudando con su palabra nítida, insobornable a restaurar una experiencia que, pienso, determinó a la larga la caída de la dictadura.

En tanto, fue obligado a dejar la Universidad Austral. La Universidad de Chile —su universidad— militarizada, le cerró las puertas. Desde 1980 sobrevive gracias a una jornada parcial en la Academia de Humanismo Cristiano y a la docencia privada o "competitiva", como solía decir con cierto humor triste.

Millas, que en muchos aspectos era políticamente un liberal de viejo cuño, dedicó gran parte de su tiempo académico a examinar el neo-liberalismo. Permanece inédita su obra crítica sobre Von Hayek, a propósito del sentido de la libertad humana.

Fuera de la academia, sensu stricto, organizó una Asociación de Intelectuales. (Allí estaban Patricio Basso, Leopoldo Castedo, Luis Izquierdo, Jaime Lavados, Hermann Niemeyer y tantos otros), en defensa de la autonomía universitaria y del respeto al intelecto; fue además uno de los fundadores de la Comisión Chilena de los Derechos Humanos, que tanta importancia tuvo en esos años. Jus-

tamente, su última publicación fue un sólido y apretado artículo: *Fundamento de los Derechos Humanos* (Rev. Análisis, noviembre de 1982).

Con su muerte se cierra un capítulo esencial, yo diría, de la Historia de la Filosofía de nuestro país. De modo genérico podríamos llamarla "filosofía del exilio". (La filósofa impartida, repensada fundamentalmente *fuera* de las universidades).

Pero, sin querer hacer juegos de palabras, se cierra también un capítulo de la filosofía de nuestra historia, porque en cierta medida el testimonio de Jorge Millas nos permite decidir más certeramente el conflicto que se plantea en la historia entre teorías y praxis, entre pensamiento y acción.

Por cierto, la pasión, el entusiasmo, van mucho más rápido a su objetivo que la filosofía; ésta de un giro paradójico en torno a su objeto en cierta manera retrocede ante él para comprenderlo mejor. Y es justamente esta vocación reflexiva la tragedia personal del filósofo, tragedia simbolizada alegremente por la caída de Tales en un pozo.

Sin embargo, si los hechos —los hechos humanos— son inseparables de su sentido, entonces, la filosofía tiene el mérito misterioso de proponerse como su verdadera condición de eficacia. Y en este aspecto fundamental, está delante de los hechos; en el caso de Tales, más allá del pozo, incluso más allá del cielo estrellado que contemplaba, prediciendo un eclipse con 20 años de anticipación.

Quizá la solución del conflicto está en esa frase de Bergson que alguna vez recordara Millas: "Hay que obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción". Lo que no fue fácil en tiempos como los vividos en un pasado tan reciente y lejano, a la vez.

Me atrevería a decir, a modo de conclusión, que en estos últimos años han pasado muchas cosas, y esencialmente buenas. El país, en su inmensa mayoría, ha reconocido como suya esa experiencia democrática —difícil, a veces—, que fue quebrada en 1973. Y vean Uds.: la Universidad de Chile ha vuelto a reabrir sus puertas para fundamentar y orientar teóricamente este proceso de reconocimiento; para convertirlo como nos dice Millas, en una experiencia

verdaderamente racional, esto es, en una experiencia comunicativa. En esta tarea, la filosofía —las humanidades— no ya como saber maldito o reprimido, reingresa a las aulas, y con ella, vuelve a casa el pensamiento de Jorge Millas. Que este homenaje recordatorio sea también la celebración de su regreso.

Humberto Giannini